



Gabriela Valenzuela Navarrete

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

gabriela.valenzuela@uacm.edu.mx

Género, discapacidad e identidad en un mundo posthumano: el caso de *Aislados*, de Cecilia Eudave

Gender, Disability and Identity in a Posthuman World: The Case of Cecilia Eudave's *Aislados*

Resumen

En años recientes, el número de estudios teóricos sobre la discapacidad ha aumentado a medida que nos hemos vuelto más conscientes de que eso que podríamos pensar como un ser humano “normal” no es sino una gran falacia del sistema capitalista que valora a las personas en tanto son capaces de realizar un trabajo. Este artículo recupera algunas de estas teorías para aplicarlas al análisis de la novela *Aislados*, de Cecilia Eudave (Guadalajara, 1968), y a los roles de las mujeres en ella, en especial al de la madre, que, aunque por su edad debería ser una ciudadana productiva que cumpliera con las expectativas de su género, no puede hacerlo debido a la enfermedad de Alzheimer que padece. Más todavía, su presencia, necesitada de cuidados y vigilancia todo el tiempo, altera la vida familiar tanto en el mundo real como en el virtual: su hijo Pedro experimentará de primera mano cómo ambos mundos se combinan y se afectan entre sí, efecto directo de la sociedad posthumana en la que vivimos, en la que la cantidad de me gusta y de reproducciones son la medida de nuestra importancia en la sociedad.

Palabras claves

Discapacidad; género; Alzheimer; mujer; mundo virtual.

Abstract

In recent years, the number of theoretical studies about disability has grown as we have become more aware about the fact that what we could consider a “normal” human being is nothing but a big fallacy of the capitalist system that values people as they are able of doing a job. This article recovers some of these theories to apply them to the analysis of the novel *Aislados (Isolated)*, by Cecilia Eudave (Guadalajara, 1968), and the women roles in it, especially the one of the mother who, young as she is, should be a productive citizen that could fulfill the expectations of her gender, but who can't do it because of Alzheimer's disease. Furthermore, her presence, so in need of care and vigilance all the time, disturbs family's life both in the real and in the virtual worlds: her elder son Pedro will experiment first hand how both worlds combine and affect each other, in what is a direct effect of the posthuman society we live in, where the amount of likes and views are the measure of our value in society.

Keywords

Disability; gender; Alzheimer's disease; women; cyber world.

Aislados, novela de Cecilia Eudave (Guadalajara, Jalisco, 1968), publicada en 2015, empieza con la narración de uno de los temores más grandes que todos los humanos podemos tener: la pérdida de la madre. No la pérdida en sentido figurado de la muerte, sino en el más literal: Pedro Gálvez es un muchacho de 16 años que ha llevado al parque a su madre con Alzheimer, quien, en un momento de descuido de él, se echa a andar sin rumbo y desaparece de su vista. A partir de ahí, se desatará una pesadilla de malentendidos reales y cibernéticos que pondrán de cabeza la vida ya de por sí caótica de una familia rota por una enfermedad que no se esperaría en una mujer tan joven. Esta serie de eventos desafortunados llevarán a la familia a descubrir que, hoy en día, la vida no es sólo la física, sino que hemos construido un mundo alterno a través de nuestra huella tecnológica, especialmente en las redes sociales, en el que no es tan fácil desaparecer. La historia de la familia Gálvez permite una lectura de las construcciones de género a la manera que lo propone Thomas J. Gerschick en su artículo “Toward a Theory of Disability and Gender”, es decir, el cuerpo como vehículo de representación del género y la discapacidad como estigma, pues, en el caso de la novela, no es gratuito que sean los personajes femeninos los que representan los roles que, desde el patriarcado, se les han

asignado a las mujeres: las cuidadoras, las acosadoras, las débiles, las enfermas, las causantes de todas las desgracias tanto en el mundo real como en el cibernético...

En su artículo de 2009, “Mujeres con discapacidad: un reto para la teoría feminista”, Laura Viñuela Suárez hace un repaso extenso de cómo se han ido consolidando los estudios sobre discapacidad y su convergencia con el feminismo, ambos, dice ella, surgidos desde el seno mismo de los movimientos sociales de las personas que se veían sometidas por el sistema dominante. El feminismo, como es de todos conocido, tiene una larga historia que se remonta a tres siglos atrás, desde que empezaron a consolidarse las luchas en contra de las monarquías absolutistas, pero los estudios sobre discapacidad desde el punto de vista social y cultural son muchísimo más recientes, si acaso de las últimas décadas del siglo XX, pues:

Durante largo tiempo, los estudios sobre discapacidad estuvieron confinados en el ámbito de la medicina, en tanto en cuanto “discapacidad” se relacionaba exclusivamente con “enfermedad”. En este marco se desarrolló lo que se conoce como el “modelo médico de la discapacidad”, que la considera como algo únicamente biológico y patológico, centrándose en la necesidad de “curarla”. Sólo cuando el movimiento de personas con discapacidad comenzó a ser más fuerte se puso en cuestión esta interpretación y se enfatizó la importancia de la configuración social en el grado de discapacitación de las personas, naciendo así el “modelo social de la discapacidad”. Paralelamente a este nuevo enfoque, se desarrollaron propiamente los llamados “estudios de la discapacidad” (“Disability studies”, en inglés). (Viñuela, 34)

Actualmente, uno de los estudiosos más reconocidos sobre este tema ya desde un punto de vista social es Lennard J. Davis, quien precisamente basa su teoría en la idea de que se ha tomado como rasero de “normalidad” a un cuerpo funcional, pero también al que luce diferente. En su obra básica *Enforcing Normalcy* (1995), el crítico considera que la idea de “normalidad” viene desde la

época de la industrialización y de la subida al poder de la burguesía. Siguiendo las ideas de Davis, Etna Ávalos señala que “a nivel funcional, el cuerpo considerado discapacitado es aquel que está incapacitado para llevar a cabo alguna tarea; a nivel de apariencia, dicha persona es «vista» como discapacitada debido a su diferencia corporal” (Ávalos, 39).

Esos primeros estudios sobre la discapacidad datan de los años setenta y ochenta del siglo pasado, pero su confluencia con el feminismo no se dio sino hasta tiempo después, en lo que Rosemarie Garland-Thomson llama “estudios feministas de la discapacidad”. Para la autora de *Cuerpos extraordinarios* (1997), la discapacidad se conceptualiza como la desviación de ciertos cuerpos que no cumplen con las normas socialmente convenidas para el funcionamiento corporal.

Quizá uno de los postulados teóricos sobre discapacidad más recientes es la Teoría de la mujer enferma, de Johanna Hedva, quien dice que terminó de afirmar su postura durante las protestas del Black Lives Matter en 2014. Así pues, se trata de un campo fértil y todavía poco explorado, a pesar de que la reivindicación de los derechos de las personas con capacidades diferentes va ganando terreno; sin embargo, es importante subrayar que la lucha de los hombres discapacitados no es la misma que la de las mujeres con discapacidad. En el caso de las mujeres, hay una pelea doble, como explica Laura Viñuela Suárez en el artículo que mencionamos:

Mientras que para el feminismo los roles de género tradicionales constituyen claramente un elemento opresor para las mujeres, cuando pensamos en ellos desde el punto de vista de las mujeres con discapacidad esta afirmación se complica. [...] las mujeres con discapacidad no se han considerado tradicionalmente como “mujeres”, sino que han estado confinadas a una categoría distinta, no sexuada, y no se les ha permitido el acceso a los elementos que construyen la categoría patriarcal “mujer” (belleza, sexualidad, maternidad, cuidado), por más represores que éstos hayan podido ser. (Viñuela, 40)

Hecho este breve repaso por la historia de los estudios sobre discapacidad, pasemos al análisis de estas categorías en la novela de Cecilia Eudave.

El primer malentendido, y el que desata la serie de eventos que engarzan la trama de la novela, se da en el momento mismo en que Armando, el padre de familia, llega al parque en el que se perdió su esposa. La descripción que se hace de este hombre en repetidas ocasiones a lo largo de la historia nos deja claro que se trata de alguien criado con las bases del sistema patriarcal más puro: trabajador dedicadísimo en la oficina, con respecto a su familia su papel es el de ser el proveedor; lo demás, lo relacionado con la crianza de los hijos y el mantenimiento de la casa es labor de la esposa... sólo que su esposa ha perdido la capacidad para cumplir con sus deberes: “Mientras manejaba recordó lo planeada que tenía su vida”, dice la voz narrativa en el capítulo de apertura, “iba a ser perfecta, tenía todo para serlo: dos hijos estupendos —ahora unos inútiles— y una esposa maravillosa —ahora una calamidad a la que no puede dejar de prestarle atención” (Eudave 12).

Armando llega al parque y, cumpliendo con lo que se espera de un hombre que sabe que no hay atributo más masculino que un buen poder económico, lo primero que hace es sugerirle a la policía que la localización de Laura es un asunto de dinero:

—¿Cómo nos vamos a arreglar?

—No entiendo a qué se refiere.

—Ya sabe, para que esto sea discreto y encontremos pronto a mi esposa.

—La estamos buscando; ya dimos parte a la central.

—No sabe qué agradecidos le vamos a estar, usted nomás diga cómo.

(Eudave 13)

La superioridad y prepotencia en la actitud de Armando choca de frente con la del policía asignado al caso, el detective Cantú, un elemento distinto al resto de sus colegas, pues se trata de “un oficial cabal y orgulloso de su oficio” (Eudave,



13), y terminarán liándose a golpes, escena que será grabada por los mirones y subida de inmediato a las redes sociales, lo que desatará el infierno en el que se convertirá la vida de la familia Gálvez.

A partir de esa escena, aparece el tema que me gustaría tratar en esta ocasión, que es el de la discapacidad y el género. En su artículo antes mencionado, “Toward a Theory of Disability and Gender”, Thomas J. Gerschick señala:

Tener una discapacidad no sólo es una condición mental o física; es también una condición social estigmatizada (Goffman 1963). Como observa el antropólogo Robert Murphy, “la estigmatización es menos un subproducto de la discapacidad de lo que es de sustancia. El mayor impedimento para que una persona forme parte totalmente de esta sociedad no son tanto sus defectos físicos, sino el tejido de mitos, miedos y malentendidos que la sociedad les adjudica” (1990, 113). [...] Para representar un género, la gente con discapacidades debe ser reconocida por los demás como “apropiadamente” masculina o femenina.¹ (1264)

En el episodio de la desaparición de Laura, se empiezan a dejar ver esos mitos y miedos que la sociedad tiene con respecto a las personas con discapacidad. Cuando Cantú pide una fotografía reciente de Laura o la descripción precisa de cómo iba vestida ese día, resulta que nadie de la familia sabe con certeza cómo luce, ni los hijos que son quienes la visten, ni mucho menos el marido, que se ha desentendido de su cuidado:

¹ To have a disability is not only a physical or mental condition; it is also a social and stigmatized one (Goffman 1963). As anthropologist Robert Murphy observes, “Stigmatization is less a by-product of disability than its substance. The greatest impediment to a person’, taking full part in this society are not his physical flaws, but rather the tissue of myths, fears, and misunderstandings that society attaches to them” (1990,113). [...] In order to enact gender, people with disabilities must be recognized by others as “appropriately” masculine or feminine. (Gerschick, 1264). La traducción es mía.

El policía, horrorizado.

—¿El muchacho viste a su madre?

—No, eso no, deben estar confundidos, es mi hija quien la atiende.

Se apresuró a contestar Armando, tratando de suavizar la situación, porque él tampoco conocía las rutinas de sus hijos en el cuidado de su madre. Se había negado a contratar a una enfermera por cuestiones de dinero y se desentendió de la situación dejando a Sara a cargo del aseo y cuidado de su esposa. (Eudave, 16)

En esta cita, vemos cómo se presentan las dos caras de la moneda de los roles tradicionalmente asignados a las mujeres: primero, el de cuidadora (Sara, en este caso) y, en segundo, el de un ser mentalmente débil y necesitado de cuidados, o como diría Susan Sherwin, “la propia conceptualización histórica de las mujeres como discapacitadas”. En los estudios de feminismo y discapacidad, un punto que siempre se resalta es el de que la primera lucha de las personas con discapacidad es la de ser reconocidas como sujetos con género. “La discapacidad afecta el proceso de generización de muchas maneras”, afirma Gerschick en el artículo que hemos citado antes.² Un niño que nace con una discapacidad severa no tendrá el mismo proceso de socialización genérica que el de quien se convierte en discapacitado en su vida adulta, puesto que en el primer caso el género del niño quedará en un estado de suspensión, mientras que el adulto ya habrá pasado antes por el aprendizaje de roles asignados a su género. “[...] Por lo tanto, su lucha [de las personas con discapacidad] para ser validadas socialmente como hombres o mujeres empezará con un nivel diferente de conciencia y compromiso hacia el género. Para la gente con discapacidades, pues, el género está condicionado” (1265).³

² Disability affects the gendering process in many ways. (Gerschick, 1265). La traducción es mía.

³ Thus, her or his struggles for social validation as a woman or man will begin with a different level of awareness and commitment to gender. For people with disabilities, then, gendering is conditional. (Gerschick, 1265). La traducción es mía.

Este proceso podemos verlo en la des-generización de Laura desde los ojos de Armando. Al ser una mujer joven, las expectativas que se tienen del papel que ella debía cumplir son las de una mujer en pleno ejercicio de sus “facultades genéricas”: madre de adolescentes, esposa devota, cuidadora del jardín y administradora de la casa... En cambio, el Alzheimer la ha convertido en una especie de bebé grande, a la que los hijos visten con pantalones holgados y blusas porque así es más fácil asearla. “La edad de inicio se combina con el tipo, la severidad y la visibilidad de la discapacidad de una persona para influir en el grado en el que ella o él aprenden o están sujetos a expectativas genéricas”, dice Gerschick en el artículo que hemos estado mencionando (1265).⁴ El punto más bajo del ser mujer de Laura llega, precisamente, cuando deja de controlar sus esfínteres: “¿Qué marido normal compra pañales para su mujer?” (Eudave 127), grita Armando cuando les reprocha a sus hijos que no reconozcan todos los esfuerzos que hace por cumplir en el trabajo y con los requerimientos especiales del cuidado de su esposa. Aunque no lo hace de manera consciente pues su mente ya no le permite tener conciencia de ella misma, Laura discapacitada representa un desafío a los roles tradicionales asociados al cuerpo femenino, pues ella ya no puede pertenecer al espacio doméstico. Por eso, cuando por fin la encuentran varias horas después y se la llevan al hospital, los pensamientos de Pedro resumen bien el sentir de todos en la familia:

cuando se enteró de que su madre quizá no volvería a casa, que sería probablemente internada en un lugar especializado, sintió un alivio poderoso que por un momento le devolvió el buen humor. Ese cascarón que era Laura por fin salía de su vida, de sus vidas, sin ella podían recuperar lo perdido. (Eudave 74)

⁴ The age of onset combines with the type, severity, and visibility of a person’s disability to influence the degree to which she or he is taught and subjected to gendered expectations, (Gerschick, 1265). La traducción es mía.

Esta forma de Pedro de definir a su madre como un “cascarón” coincide con la impresión que Armando tiene de su esposa, a la que llama de la misma manera: “Si voy a visitar a tu mamá, porque lo hago casi a diario, me encuentro con un cascarón humano, de mirada vacía, opaca. Ni me reconoce ni me mira, a veces con suerte me observa con algo de luz en los ojos y balbucea cosas sin sentido, la abrazo y es como estrechar la nada” (Eudave 128). Su forma de concebir a Laura enferma representa aquello que Johanna Hedva denomina “mujer enferma”, que no es sólo literalmente un ser humano biológicamente femenino que padece una enfermedad, sino:

una identidad y un cuerpo que puede pertenecer a cualquiera a quien se le haya negado el privilegio de la existencia (o se le haya prometido con un optimismo cruel una existencia así) de los hombres blancos, heterosexuales, sanos, neurotípicos, de clase media-alta, cis y capaces, que viven en países ricos, que nunca han tenido un seguro de salud, y cuya importancia para la sociedad es reconocida y explícita por esa misma sociedad. (Hedva)

Pedro y Armando son, evidentemente, ejemplares de esos hombres blancos, heterosexuales, sanos y demás calificativos que utiliza Hedva, ejemplar del humano varón que era la base del humanismo clásico. Como ya decíamos al inicio, Armando se presenta como un empleado ejemplar, proveedor sin falla, que considera que el dinero es lo único que se necesita para arreglar todo en el mundo. Pero, cuando llega la enfermedad de su esposa, el dinero no puede hacer nada para arreglarla: la demencia es incurable e irreversible, y, como va reclamando al enfermo poco a poco, es como si éste se fuera borrando lentamente. Así lo percibe Sara cuando Pedro se muestra indiferente ante la idea de que su madre sea internada en un asilo:

—¡Pedro, pélame!



—¿Qué? —le gritó furioso.

—Seguro se llevan a mi mamá, entiendes, me late que ya no vuelve a casa...

—¿Y?

Lo dijo como si se fueran a llevar un mueble o un televisor viejo. Sara bajó la cabeza y se retiró. Comprendió entonces que hay muchas maneras de ser invisible. Su madre, despojada de la memoria, no era sino un ser que comenzaba a desvanecerse del entorno físico y afectivo. Y Pedro, que se negaba a aceptar que en breve lo convertirían en un invisible social, estaba a nada de serlo. Nunca lo volverían a ver como antes o mejor dicho: nunca lo volverían a ver. En cualquiera de los casos él ya no sería el mismo. Para bien o para mal, todos alguna vez en la vida entramos en un estado de metamorfosis, y no siempre el resultado es una bella mariposa. (Eudave 70)

Como la enfermedad de Laura empezó cuando ella era ya adulta, la sanción por no cumplir con sus roles de mujer es todavía mayor y el que resiente esa falta de cumplimiento de roles es Armando, quien es evidentemente machista y se comporta conforme a los estándares que él considera adecuados a su género y posición. De hecho, algo que le cuesta mucho trabajo es aceptar que debería aprender a hacer cosas nuevas, incluso algunas tan simples como las de conocer qué tipo de libros le gusta leer a su hija de 14 años. En su concepción del mundo, esas son tareas que le corresponden a la madre. “Más todavía”, dice Thomas J. Gerschick, “las teorías de género suponen que todos tienen la misma habilidad de aprender, entender, responder a y ser responsable de expectativas genéricas. Sin embargo, para las personas con una discapacidad mental, estas habilidades están comprometidas en distintos grados” (1265).⁵

⁵ Furthermore, theories of gender presume that everyone has the same ability to learn, understand, respond to, and be held accountable for gendered expectations. However, for people with a mental

Laura no es el único personaje femenino en la novela que cumple o incumple con esas expectativas genéricas de las que hemos estado hablando.

Cuando la enfermedad de Laura hace evidente su incapacidad para atender a sus hijos y encargarse de las labores domésticas, empieza a trabajar con la familia Rosa, una mujer de mediana edad que se encargará del aseo y la comida, mientras que el cuidado de Laura será responsabilidad de Sara, la hija menor. Durante toda la primera parte de la novela, Sara es descrita como una jovencita sumisa y obediente, que no da problemas como su hermano:

Resultó muy doloroso escuchar cómo se rompía su hermana en llanto, ella que generalmente es tan calmada y ha aprendido a disimularse muy bien entre los espacios, las emociones y su familia. A soportar los “pobrecita”, “tan jovencita y con responsabilidades de mayor”, “eso dejará secuela, atiéndanla”, entre muchos otros comentarios de consideración y lástima. Hablan, opinan, juzgan desde el café que se les ofrece o en la conversación telefónica. Su miopía no les permite ver que Sara está ahí, siempre ahí, escuchándolos compadecerse de ella, como si con ella cobijaran su tristeza. Por eso su hermana decidió asumir una actitud tan invisible y circular por toda esa lástima, aderezada de compasión, sin ser vista. (Eudave 40)

Sin embargo, conforme avanza la historia, Sara irá dejando de ser esa jovencita “tan sigilosa que un día le invadió la preocupación de que si no llegaba a dormir nadie se enteraría” (Eudave 41) en respuesta a la actitud de su hermano Pedro, y dejará de ser una “freak y ñoña” para convertirse en “una cabrona”, como ella misma se define, que no dudará en lastimar a su hermano con la noticia de que María, su amor platónico, se hizo novia de quien fuera su mejor amigo.

disability, these abilities are compromised to different degrees. (Gerschick, 1265). La traducción es mía.

Rosa, la sirvienta, refuerza el estereotipo de las mujeres como las responsables del cuidado de los demás. A pesar de que su trabajo con la familia empieza a cobrarle factura en lo personal, se encariña con ellos y los toma bajo su cuidado, sustituyendo un poco a la madre que Laura no puede ser. Es la única que puede ver la esencia de cada uno. Sin embargo, llega un momento, en la cúspide del acoso cibernético que sufre Pedro, en el que sabe que ella no pertenece realmente ahí, que siempre será ajena a la familia y es entonces cuando decide irse:

Suspiró y dejó ahí cierta esencia suya. Ya no iba a regresar, algo en ella se rompió junto con todas esas botellas, entre los cristales rotos se quebró una parte suya. No puede seguir demorándose más en esa familia, ella tiene la suya, la esperan en casa. Hay tragedias que no se pueden compartir aunque se quiera. (Eudave 185)

Dos mujeres más son indispensables para entender el actuar de Pedro. La primera es María, una compañera del colegio de la que está enamorado y con quien está chateando cuando pierde a su madre. Vale la pena resaltar la triada de nombres bíblicos que aparecen en la novela: María, Pedro y Sara, tres personajes importantísimos en la mitología cristiana. María es la madre de Jesús, la mujer más pura que ha existido, la merecedora de todo el respeto por ser la madre más perfecta y la eterna juventud; en otras interpretaciones, María es también la luna que refleja al sol dador de vida y es también Venus, la belleza perfecta. En la novela, María es el amor idealizado, la belleza y la virtud más perfectas a los ojos de Pedro, y, al ser inalcanzable, es también la pureza; sin embargo, en relación con el protagonista de la historia, es la causa de su perdición, la inductora a la desesperación del muchacho que termina convirtiéndose en una verdadera obsesión.

Pedro, por su parte, es el discípulo más cercano de Cristo, la piedra fundacional de la Iglesia católica, pero también es el que lo niega tres veces; en la novela, Pedro sólo reniega de su madre y de su cuidado, que a final de cuentas es un verdadero calvario para la familia completa. Por su parte, Sara es, en el relato

bíblico, la esposa de Abraham, quien es considerado el primer patriarca del judaísmo y padre espiritual de todos los creyentes en la historia del Antiguo Testamento, tanto judíos como cristianos. La idea que se tiene de ella es la de ser una mujer abnegada y sumisa, tal como lo es al inicio la Sara co-protagonista de *Aislados*. Sin embargo, en la historia bíblica, Sara de pronto se rebela y empieza a cuestionar los designios de los demás, incluidos los de su propio marido, que va a tener un hijo con la esclava egipcia que el faraón le regala, pero a quien termina por correr del lado de su esposo poco antes de que la propia Sara se embarace de Isaac. La Sara de la novela sigue un camino similar: primero es la hija dedicada y obediente, pero después se cansa de ser la buena, la casi santa, pero también la ignorada, la que todos asumen que hará todo lo que se le pida sin chistar, y reclama su lugar en la familia, convirtiéndose, como ya decíamos antes, en una “cabrona” que también sabe levantar la voz.

Así pues, decíamos que María es, en la novela de Eudave, el símbolo de la perdición del hombre: primero lo distrae de su labor de cuidado, tanto que Pedro ni siquiera atiende a las ancianas que lo alertan de que su madre se está alejando; después, lo hace precipitarse al abismo de su perdición cuando se hace novia de Jaime y Pedro, en un acto desesperado, regresa a la escuela para reclamarle a su ex mejor amigo, pero termina enfrascado en una golpiza callejera cuando una anciana piensa que la quiere atacar luego de que Pedro se tropezara con ella al huir del chofer del pesero que lo confunde con un drogadicto de pantalones orinados porque tuvo a bien sentarse en pasto húmedo. La desesperación del chico lo lleva a encerrarse en su recámara a piedra y lodo, y, para matar el aburrimiento, decide entrar a una ciudad virtual, tipo Second Life o The Sims, donde encontrará al último estereotipo femenino de la lista: la acosadora que se obsesionará con Pedro al grado de invadir, desde el ciberespacio, su vida familiar.

Alicia se presenta en la ciudad virtual con un avatar mitad humano, mitad animal, una chica con cuerpo de porrista y cara de conejo blanco con labios y nariz de color rosa pálido, que a Pedro le parecen repugnantes. Desde el principio, el muchacho se da cuenta de que ha cometido un error al entrar en ese mundo virtual,



pero se queda ahí porque recupera algo de lo que ha perdido en el mundo real: admiración, reconocimiento y popularidad. “Te gusta que te hagan sentir importante y diferente, eso es todo”, le dice Sara a su hermano cuando le cuenta de su incursión a ese mundo, “tú nunca vas a cambiar: necesitas ser la estrella” (Eudave 125).

En clara referencia a la historia de *Alicia en el país de las maravillas*, esta Alicia arrastrará a Pedro a un agujero que lo lleva a un mundo en el cual la línea entre lo real y lo ficticio es muy borrosa:

Se confeccionó un avatar bastante normal e insulso de entre las combinaciones permitidas y lo nombró “Iván, el terrible”. [...] era un poco contrastante ese *nickname* con la apariencia escuálida y nada amenazante de ese cuerpo de pixeles un tanto gris que él mismo confeccionó, por eso decidió hacer una modificación a su avatar: le añadió unos ojos descomunales y furiosos que le conferían un aire cínico y psicótico.

Antes de echarse a andar por la ciudad y “conocer” a sus habitantes, se felicitó por la elección: no desentonaría con los otros avatares estafalarios o antropomorfos, ridículos, bestiales, cursis o de plano imposibles. (Eudave 88)

Por su descripción, esos avatares podrían considerarse también “cuerpos enfermos” a la manera que los describe Hedva. No sólo Pedro considera que quizá los humanos que están detrás de esos avatares sean inadaptados sociales o “unos ñoños seguramente en el mundo real” (Eudave 89), sino que la elección de rasgos deformados y poco humanos son incluso una postura política como lo propone Hedva, quien parece describir a los usuarios de esos sitios web en las siguientes palabras:

Las mujeres enfermas son todos los cuerpos disfuncionales, peligrosos y en peligro, que se han portado mal, son locos, incurables, traumatizados,



desordenados, enfermos, crónicos, imposibles de asegurar, miserables, indeseables, disfuncionales en su conjunto, que pertenecen a mujeres, personas de color, pobres, enfermos, personas neuroatípicas, de capacidades diferentes, queer, trans y de género fluido, que históricamente han sido patologizadas, hospitalizadas, institucionalizadas, violentadas, consideradas inmanejables y, por lo tanto, culturalmente ilegítimas y políticamente invisibles. (Hedva)

La aparición de ese mundo virtual permite plantear aquí un segundo tema que se hace muy presente en la novela de Cecilia Eudave: la representación de la sociedad posthumanista en la que estamos viviendo todos.

En su libro *Corazones estallados. La política del posthumanismo*, J.P. Zooey plantea que “El humanismo es una corriente de ideas surgida en el Renacimiento italiano que redefinió lo que debía entenderse por humano” (Zooey 12), mientras en la sociedad posthumanista “la comunidad no la realizan los cánones literarios, la fraternidad hacia los libres, el cultivo de una interioridad o la búsqueda de igualdad entre humanos, sino alergias emocionales que se expanden y contagian a través de grandes medios y vehículos de viralización como las redes sociales” (15). Pedro es la encarnación misma del individuo posthumano que plantea el periodista argentino: el que “se va ‘pum para arriba’ cuando explota su potencialidad mediática, su cantidad de seguidores en las redes y su influencia sobre los seguidores. Y si se mira a sí mismo, será en el espejo de un ascensor para sacarse una selfie” (20).

Pedro pierde popularidad con los videos de la pérdida de su madre y los pleitos en la escuela y en la calle, y recupera su idea de ser exitoso en el mundo virtual, donde da pie a que alguien como “Alicia” se entrometa en su vida. La primera gran tragedia de Pedro es que el video de la pelea de su papá con Cantú se comparta montones de veces en las redes sociales y sus amigos y compañeros (o, más bien, los papás de los compañeros) malinterpreten el asunto y empiecen a relacionarlos con venta de drogas y pornografía. Eso hará que los padres les

prohíban a sus amigos ver a Pedro y hasta Armando termina siendo relevado de algunos asuntos importantes en su oficina.

En un intento por ayudar a Pedro, su amigo Luis sube una foto que se habían tomado con Laura, en la cual ella —ya con algunas señales de su problema médico— usa una gorra al revés y sostiene una caguama en la mano. Antes de que Luis la borre, la foto se comparte cientos de veces, y desencadena una bola de nieve que no dejará de crecer, como lo resume Sara cuando va a mostrarle a su hermano los comentarios tanto del video como de la foto:

Pues la gente que ha comentado está muy dividida, más del setenta y cinco por ciento han descrito con lujo de detalle lo que seguro ya le pasó, ni te cuento, una película de terror se queda corta, ya lo lees... Algunos rezan por nosotros... y los menos te están mentando “la madre”, sin mencionarte la cantidad de memes de la foto de mamá con políticos, empresarios y demás concurrencia. Sobra decir que vivimos en un país sin madre. Todo en cuestión de horas. ¿Sigo? (Eudave 30)

Como ya hemos mencionado, la trama de la novela se va desarrollando precisamente conforme avanza la debacle en la vida real y en la cibernética de Pedro, ese posthumano ejemplar “al que no le gusta la gente que se encuentra en el abajo, y hay quien puede tender a querer torturarla y matarla” (Zooey 29). En algún punto, Pedro se da cuenta de que es “el apestado de los apestados” (Eudave 76) y decide no regresar nunca a la escuela y encerrarse a piedra y lodo en su habitación, pero, además, juega con la idea de abrir perfiles falsos en las redes sociales y solicitarles amistad a sus amigos para, después, cobrar su venganza. Sin embargo, al final, lo que decide hacer es buscarse otro yo:

Uno que sin ser su antagónico sí fuera bastante diferente, alguien que no pudieran asociar con lo que es, aunque en esos momentos ni él mismo se reconocía. [...] Para qué inventarse un personaje, un yo superlativo o

ínfimo, un yo al que quisieran todos, con una casa fabulosa, con una familia envidiable. Sólo maquillaría su miseria, suya solamente, porque necesita un avatar para vivir, porque el Pedro que es no le basta, necesita un mundo ilusorio que la gente observe desde las ventanas cibernéticas y crea real. (Eudave 81)

Así, con la idea del avatar, Pedro se inscribe en el mundo en el que encontrará a Alicia y su avatar mitad conejo, mitad porrista. Su primer acercamiento es casi inofensivo y, después de algunas charlas, ella le envía una invitación a un chat privado que bloquea incluso el teclado de la computadora:

¿Quieres salir?

Sí.

¿Te aburro?

No, pero ya quiero cortar esto.

¿Por qué acosabas a María? ¿Sigues obsesionado con ella?

Ni lo hacía ni lo hago. ¿Tú cómo sabes...?

Vi el video y otro de tu papá golpeando a un policía. Pobre de tu hermana, dos violentos en la familia. Por cierto, ¿sabes que quiso entrar en mi ciudad? No la admití. No me gustaría que anduviera fisgoneando. Te haría sentir incómodo. Además ella se parece a varios de los que habitan la comunidad. Ingresó sus datos y me dio acceso a ellos. Es una buena persona, un poco retraída, pero tiene buenos amigos. No como tú, ya ves, creo que Jaime se quedó con María. Te puedo mandar una foto. Se ven felices. (Eudave 142)

Para este momento, cuando ve que su vida entera se puede discernir de lo que postea en las redes, Pedro está ya verdaderamente asustado y no sabe con quién está tratando: todo lo que Alicia ha dicho es cierto, pero él no le ha contado nada;



ella lo ha averiguado sólo con la huella digital que Pedro ha ido dejando, aun cuando semanas atrás cerró todas sus cuentas en redes sociales.

El acoso de Alicia continúa y escala del envío a domicilio de una caja de chocolates comprada con la tarjeta de crédito de Armando hasta que, harta de que Pedro la ignore, le manda un camión completo de cervezas que descargan en la puerta de su casa. Al principio, Pedro le reclama furioso, porque Alicia le ha demostrado tenerlo en sus manos; sin embargo, es en la misma charla con ella en donde encuentra la salida:

—[...] El abismo funciona en mi ciudad como un lugar maldito porque nadie quiere abismarse en esa realidad de la que huyen, donde son rechazados o infelices.

—O sea, que así los controlas.

—Yo no controlo a nadie y aquí están por gusto, son plenos, pasan horas desempeñándose como quieren, relacionándose con quien les da la gana, eligen el color de piel o el sexo de su preferencia. [...] Y no es una mentira, ni yo miento, es simplemente otro modo de vida. (Eudave 205)

En ese momento, Pedro se da cuenta de que tiene en sus manos la manera de escapar de la pesadilla en la que está: desconectándose de Internet de manera definitiva, aislándose del mundo virtual. Alicia lo amenaza con hacer su vida miserable, pero, cuando Pedro decide desconectar de la luz la computadora, sabe que su avatar se ha lanzado al abismo para terminar su vida cibernética.

J. P. Zooey explica en qué consiste la radicalidad de una decisión como ésta:

La sociedad posthumana con su realidad conectiva, cohesionada por el estrés, presionará sobre aquel que se desconecta para redescubrir su subjetividad, para contemplar su interioridad como Petrarca en el monte Ventoso, y le recordará con su ética de la productividad, de la comunicación y del compromiso afectivo (a distancia) que debe ubicarse

en la realidad en modo conexión permanente. Pero en verdad lo que estos reclamos sintomatizan es el temor de la sociedad posthumana a deshacerse si hombres y mujeres abandonan el circuito de electrocución. El desconectado es una amenaza. (6)

Una amenaza como también lo son los discapacitados, los enfermos mentales, las mujeres que se salen del estereotipo... El capitalismo neoliberal insiste en mantener al hombre como medida de las cosas, como centro y modelo del mundo; sin embargo, hoy en día no podemos cerrar los ojos al hecho de que las sociedades no están constituidas por humanos perfectos. “Lo posthumano es un término útil para indagar en los nuevos modos de comprometerse activamente con el presente, razonando sobre algunos de sus aspectos de manera empíricamente fundada, pero no reduccionista, crítica, pero no nihilista”, explica Rosi Braidotti en su libro *Lo Posthumano* (pos. 146).

En una sociedad en la que uno pertenece en la medida en la que se ajuste a las expectativas que se tienen sobre nuestro comportamiento, nuestra manera de vestir y de actuar, en la que uno existe en tanto tiene un nombre en todas las redes sociales, “una panhumanidad electrónicamente conectada que, sin embargo, está más fragmentada que nunca y recorrida por fracturas internas convulsas, disparidades económicas y temores y violencias xenófobos” (Brailotti), perder la identidad—de manera voluntaria como hace Pedro, o involuntaria como en el caso de Laura— es un acto de rebeldía, una declaración de principios de que aún es posible ser diferente a todos y tener valor como persona, aunque “a una mujer enferma [en términos de Hedva] se le dice que para esta sociedad, su cuidado, incluso su supervivencia, no importa” (Hedva). Novelas como ésta de Cecilia Eudave nos hacen ver una realidad distinta, en la que el olvido es tanto el enemigo como el arma para luchar contra el sistema patriarcal. La historia de la humanidad está llena de exclusiones, e incluso ahora, en una época en la que nadie niega, por ejemplo, que hombres y mujeres son iguales ante la ley, la realidad es que el camino



para el reconocimiento de las labores de cuidado y de los derechos de los enfermos y de los discapacitados todavía es largo y azaroso.

Bibliografía

- Ávalos, Etna. “Discapacidad, feminismo y sexualidad en *Sangre en el ojo* de Lina Meruane”. *Journal of Gender and Sexuality Studies/Revista de Estudios de Género y Sexualidades*. Vol. 44, No. 1, verano-otoño 2018, pp. 37-48.
- Benjamin Darling, Rosalyn. *Disability and Identity: Negotiating Self in a Changing Society*. Lynne Reinner Publishers, 2019.
- Braidotti, Rosi. *Lo Posthumano*. Gedisa, 2015. Edición Kindle.
- Braidotti, Rosi. *Feminismo Posthumano*. Gedisa, 2022. Edición Kindle.
- Earle, Sarah. “Disability and stigma: an unequal life”. *Speech & Language Therapy in Practice*, 2003, pp. 21–22.
- Eudave, Cecilia. *Aislados*. Urano, 2015.
- Garland Thomson, Rosemarie. *Extraordinary Bodies*. Columbia University Press, 1997.
- Gerschick, Thomas J. “Toward a Theory of Disability and Gender”. *Signs*. Vol. 25, No. 4, verano 2000, pp. 1263-1268.
- Hayles, Katherine N. *How We Became Posthuman*. University of Chicago Press, 2008.
- Hedva, Johanna. “Teoría de la mujer enferma”. *Primera vocal*. Mayo 2, 2022. <https://primeravocal.org/teoria-de-la-mujer-enferma-de-johanna-hedva/>. Abril 27, 2023.
- Sherwin, Susan. *No Longer Patient: Feminist Ethics and Health Care*. Temple University Press, 1992.
- Viñuela Suárez, Laura. “Mujeres con discapacidad: un reto para la teoría feminista”. *Feminismo/s*, vol. 13, junio 2009, pp.33-48.
- Zooley, J. P. *Corazones estallados: La política del posthumanismo*. Primera edición. Compañía Naviera Ilimitada editores, 2022. Edición de Kindle.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the University Library System, University of Pittsburgh as part of its D-Scribe Digital Publishing Program and is cosponsored by the University of Pittsburgh Press.

